

HAMLET: ACTO I

El Acto I de *Hamlet* me deja una sensación rara en el pecho, como cuando sabes que algo anda mal pero nadie lo dice en voz alta. Todo empieza oscuro, frío, con ese fantasma que aparece sin explicación, y yo siento casi lo mismo que los guardias: una mezcla de miedo, curiosidad y la intuición de que esa aparición trae un mensaje que nadie quiere escuchar. Es un comienzo que no solo presenta una historia, sino un estado emocional: el mundo está revuelto, y tú lo notas aunque nadie lo admita.

Hamlet, desde que entra en escena, me despierta mucha ternura. Se nota lo roto que está, lo solo que se siente en medio de tanto protocolo y tanto intento de “pasar página”. Su tristeza no es ruidosa, es silenciosa y cansada; y precisamente por eso es más dolorosa. A mí me da la impresión de que está intentando sostenerse como puede, mientras a su alrededor todos fingén normalidad. Y eso, en lo humano, es devastador: estar sufriendo mientras el resto actúa como si tu dolor fuera un estorbo.

Y luego llega el momento con el fantasma. Ahí siento el golpe. No es solo que Hamlet descubra la verdad sobre su padre... es ver cómo esa verdad lo sacude, casi como un mazazo que no esperaba y que no tiene fuerzas para cargar. Me da la impresión de un chico que ya estaba herido y al que, de repente, le ponen encima una responsabilidad enorme, que no pidió y que lo quiebra un poco más. No veo aquí al príncipe destinado a la venganza, sino a un joven confundido que de pronto se queda sin aire.

Al final del acto, lo que me queda no es solo el misterio o la intriga política: es la sensación muy humana de que Hamlet está perdido en un mundo que no lo entiende, atrapado entre su dolor y lo que los demás esperan que haga. Y esa vulnerabilidad es lo que hace que su historia, desde el primer momento, duela de una forma muy real.